



La "divina" y loca Dafne Morrison, que nos habla del "amor y sus efectos", el tímido y también loco Baby Morrison, obsesionado con el arte de improvisar que le fue negada, la desesperada y adicta Bianca Morrison, el segurísimo y narcisista chulo Mandrake Morrison, y la histérica y callejera Carlota Morrison, a punto de parir, son los quintuples del grandioso Papá Morrison, conocido también como el Semental, el Gran Divo. En medio de una

Convención para los Asuntos de la Familia, cada hermano vodevilesicamente "improvisa" a su propia manera sobre la base de su vida en común, dando matices radicalmente contrastantes a una sola realidad, convirtiéndola en teatro y subrepticamente, en vida.

"Nuestro teatro — el caribeño en general y no sólo el boricua — ha sido casi siempre repetitivo y, en el mejor de los casos, reformador, pero muy pocas veces revolucionario. Pero el día que se estrenó *Quintuples*, a nuestro teatro se le abrieron muchas puertas. Sánchez, valiéndose del viejo truco pirandelliano del personaje autónomo, nos presenta a través de sus seis personajes una meditación sobre la manera de entretener por el teatro, meditación que a la vez es reflexión sobre el viejo y nuevo arte de hacer cuentos, sin dejar de ser, por extensión e implicación, comentario sobre la naturaleza de la obra de arte en general. *Quintuples* pone en escena la experimentación verbal ya ensayada en *La guaracha del Macho Camacho*.

Con esta pieza teatral — una invitación al *tour de force* para dos actores que tienen que desempeñar tres papeles cada uno, seis personajes que han encontrado su autor — Sánchez consolida la posición alcanzada con su narrativa a la vez que supera su propia labor teatral y se une al puñado de autores caribeños que se ha aventurado más allá del mero y tradicional flirteo con la vieja y conocida Talia. *Quintuples* preña el teatro caribeño de futuro."

\$12.95

ISBN 0-910061-28-9

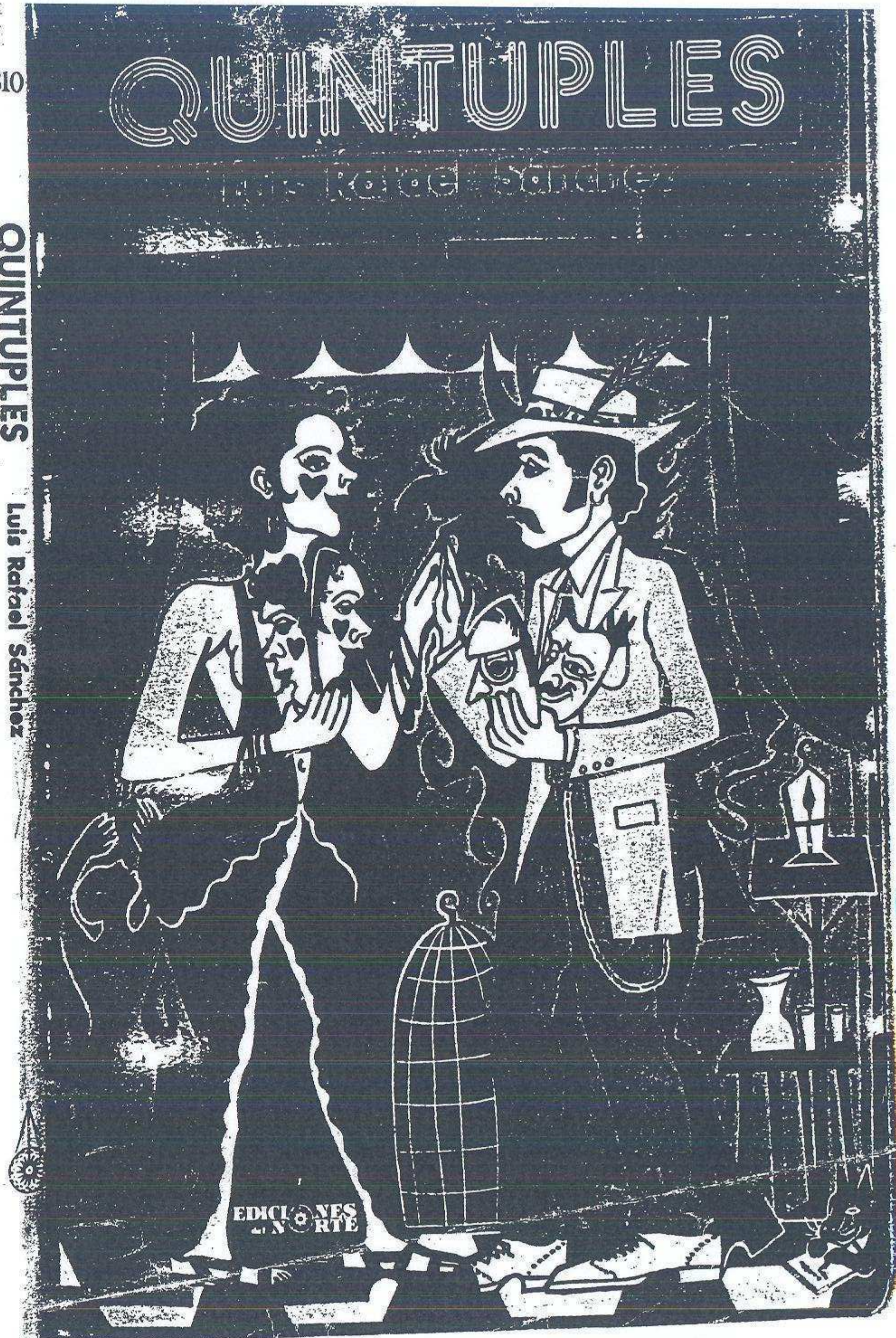
310

QUINTUPLES

Luis Rafael Sánchez

QUINTUPLES

Luis Rafael Sánchez



11800330
20/10/10

Escena Primera

Dafne Morrison
habla del amor
y sus efectos

*Extendidos los brazos hacia el infinito, amorosa y entregada a la dicha de amar y de entregarse, instalada en la felicidad como Vanessa Williams con corona, como si fuera un cruce mejoradísimo de la Catherine Deneuve y la Sonia Braga y la Jane Fonda que enseñó los pelos en **Coming home** y la María Félix cuando la matrimonió el Agustín Lara y la Bette Midler que la humanidad gay idolatra y la Diana Ross en su concierto bajo la lluvia en Central Park, majestuosa, como una divinidad que zarpara hacia los cielos de su absoluta propiedad, así y de ninguna otra manera que se empeñe el director, entra a escena Dafne Morrison, suntuosamente vestida con un traje largo donde se dan cita todos los tonos del rojo que en el mundo han sido, traje cuyos escotes*

delantero y trasero se avecinan a la indecencia aunque no la rozan. Más que calzada, Dafne Morrison está entarimada en rojo y la cabellera se la orquesta un precioso desorden; desorden hay, además, en los aretes que luce, enormes. Con el teatro inolvidable que es su sonrisa Dafne Morrison sonríe, uno por uno, a los trescientos espectadores o congresistas. Después, con los manierismos peculiares de las estrellas del cine mudo y las bailarinas flamencas, se vuelve coqueta, juguetona, provocadora —en la boca la promesa del resolutivo sexo oral, la nariz temblorosa porque olfatea las tetillas exactas de un varón que exige lengua y pasión intransigentes. Si Dafne Morrison no fuera tan bella —más bella que nadie— no importaría demasiado. Porque la menor imperfección física habría sido, astutamente, combatida por los esplendores del maquillaje que luce. Dafne Morrison ataca sus líneas con la ferocidad de una soprano dramática que interpreta una pantera enferma de histeria terminal.

Aplausos, aplausos, aplausos, que entra una mujer con causa. Gracias, muchas gracias por tan cálida ovación que no sé, francamente, si me toma por sorpresa o la esperaba.

Dafne Morrison agradece el recibimiento caluroso con una precipitación de sonrisas.

Me sorprende, me sorprende pero no, no me sorprende: la costumbre es una segunda naturaleza argumentaba mi marido Tony Pizza cuando quería poseerme en la ducha pero bajo una sombrilla. (*Adorable.*) No hay que asombrarse, el asombro también pasó de moda. El calor de los aplausos ya es mi otra naturaleza, mi costumbre. Lo juro, no me escapo del aplauso ni cuando quiero escaparme del aplauso.

Dafne Morrison repite con el gesto lo que la palabra informa en una especie de duelo de expresión histriónica.

Y me engafo oscuramente. Y me enturbanto. Y me convengo ante el espejo de que nadie me va a reconocer. Y me atrevo a la Avenida. Y me atrevo a la playa de Isla Verde. Y me atrevo a descalza. Y me atrevo a bikini bikiniísimo. Pero, el atrevimiento es la otra cara de la imprudencia como insistía mi marido Marcos Paquito Aníbal que dormía con camisa y corbata por si ocurría un temblor. Cuando menos lo espero una sombra rumorosa me acecha. Inevitable es, me vuelvo...

Dafne Morrison entra y sale del relato central mediante unas coqueterías fogosas.

...ustedes también se volverían a los rumores

de una sombra en la playa de Isla Verde. Me vuelvo. A mis espaldas, como una urdida cola de pavo real, mi público en legión. Y se zafa el toqueteo, la petición de autógrafos en la arena que achicharra, el disimulado que se lleva fiado tres chavos de mis nalgas. (*Falsamente preocupada.*) La palabra nalga espero que no desentone en esta actividad. Los médicos la usan; las enfermeras, los farmacéuticos... ¿Qué puedo hacer?, conocida soy, reconocida, la prensa del corazón, la farándula, el hecho pregonado de mis siete maridos más o menos. Me sorprende, me sorprende el entusiasmo con que ustedes me reciben pero no, no me sorprende. Redundante es presentarme pero quiero redundar. ¡La gran Elizabeth Taylor decía si uno quiere redundar uno redundará! (*Presentándose.*) ¡Dafne Morrison!, modelo, finalista de certámenes, actriz honrosamente diplomada por el Conservatorio de la Madre Experiencia, quíntuple desde luego, quíntuple adscrita a la Compañía Quíntuples Morrison, lectora devota de Corín Tellado, lectora devota de Barbara Cartland, hago doblaje de películas de Hollywood; aquí donde me ven, tan inmediata y tan asequible, yo soy la voz en español de la Novia del Super Ratón. Mi marido Angelo Patines me regañaba y me corregía —no seas tan inmediata y tan asequible, Dafne Morrison: tú eres la voz en español de la Novia del

Super Ratón. Pero la costumbre es una segunda naturaleza como argumentaba mi marido Tony Pizza y, por costumbre, soy inmediata y asequible. ¿Qué más soy, qué más soy? (*Absoluta tras el hallazgo.*) ¡Soy aspirante a mito!

Hecha mito, hecha Marilyn Monroe después de filmar Niágara, hecha María Félix después de filmar El peñón de las ánimas, las manos interpretándole una coreografía del éxtasis, confundándose con el público, zalamera, diosa potencial.

Me fragancié las manos, esmalté sus diez dedos, me ensortijé por si a algún asistente a este Congreso de Asuntos de la Familia le provoca besarlas. Los besos comprometen, lo sé, casi estoy hablando en tango, casi estoy gardelizando, un beso es un contrato lo sé. (*Defensiva.*) No me acusen a mí, acusen a Libertad Lamarque. (*Canturreando.*) “Besándome en la boca me dijiste, sólo la muerte podrá alejarnos”. Pensaba en el beso inocente, discreto, afrancesado, beso a intercambiarse tras dar prueba eficaz de soltería. La prueba de soltería es un agradable engaño, un dulce fingimiento.

Dafne Morrison prepara la putería siguiente con una mirada que pasea por

entre todos los asistentes al Congreso de Asuntos de la Familia.

Como cuando un varón... digo varón y aunque lo evite se me hace la boca un charco. Discúlpeme, ojalá que no enoje mi espontaneidad, trato de estar a la altura de la ocasión.

Para borrar cualquier impresión equívoca, desagradable, Dafne Morrison arremete con otro tema.

Le dije a Papá Morrison, el Gran Divo Papá Morrison, el Gran Semental Papá Morrison: esta noche yo quiero improvisar [Se trata de un Congreso de Asuntos de la Familia y la familiaridad procede.] Papá Morrison me respondió, Dafne Morrison, tú mandas, esta noche improvisamos, cada cual que se acoja a los beneficios o a los maleficios de la improvisación, tú la primera que saliste a mí y eres liviana y mundanal, después que hablen los demás, que son más complicados. Un gran tipo Papá Morrison, mundanal, liviano, fiesta, mujerea, a pesar de su impedimento fiesta y mujerea, lleva las finanzas de los Quintuples Morrison, escribe los libretos que habitualmente representamos. (*Fingiendo los olvidos.*) Decía cuando me interrumpí... la improvisación corre el peligro de la dispersión, decía,... no me permitan que yo misma

me interrumpa, sean mis aliados, mis cómplices, decía que... ¿qué decía?... (*Recordando de súbito*) hablaba de los besos y decía que algunos fingimientos nos complacen, nos agradan. Como cuando un varón que cabecea entre los pechos complacidos de una hembra, tras hacer el amor loca y ruidosamente, bajo un toldo de ardientes chulerías, le murmura, tajeándole el pescuezo con su aliento —Nena mía, te regalo completito el corazón. Que fue, exactamente, lo mismo que le murmuró a la otra entre cuyos pechos complacidos cabeceó el día anterior. (*Continuando el relato entusiasmada, yendo de persona a persona.*) Una mentira, una hermosa mentira, si es que hay mentiras hermosas; una mentira que era una maroma entre ella y él. Sin redes. Que una maroma con redes no es maroma, no es riesgo. Y el amor es, por más que lo embelequen, una maroma audaz, un feroz riesgo. (*Triunfal y pletórica, sobetona con el público.*) Debo improvisar con más frecuencia. Hasta filosofo el amor. (*Fingidamente ignorante*) ¿Se dice filosofo? Pero ésta no soy yo aunque lo parezca. Quien filosofa el amor no lo practica y viceversa. ¡Y yo lo viceverso puntualmente!

Dafne Morrison tiende una mano para que se la bese un espectador, veleidosa la retira, se la tiende a otro y a otro con el resultado de una danza para pingas.

¡Falsifique el carnet de soltería y opte por un beso afrancesado!, beso sin compromiso que, a lo mejor, anticipa los besos suplicados en la hora azul del automóvil que se atasca en unas dunas de Piñones. O, acaso, los besos amarrados junto al cielo de la boca.

Dafne Morrison trata de arrancarse el caramelo del cielo de la boca.

Como si fueran caramelo que no, no se despega, y hay que clamarle auxilios a la lengua. De esos besos volveremos a hablar.

Dafne Morrison obsequia a espectadores distintos la promesa que guarda cada una de las próximas frases.

Tal vez... a lo mejor, acaso, puede ser, quizás, quizás, quizás como se dice en la canción que canta Toña La Negra.

Dafne Morrison se abraza a sí misma y después se autodefine.

Dafne Morrison, víspera de mito, aspirante a heredera de toda la belleza que reinó: Ava Gardner, María Félix, Sophia Loren, Brigitte Bardot.

Con una transición gloriosa, como si emergiera de un hechizo, Dafne Mor-

ison mira hacia atrás, hacia fuera del escenario para llamar a sus familiares, llamados que son, obviamente, la esperada confirmación de sus ausencias.

Papá Morrison, Baby Morrison, Carlota Morrison, Bianca Morrison, Mandrake el Mago.... *(Falsamente adorable.)* ¡Papá Morrison, dónde se han ido? *(Al público.)* Se han ido al bar de al lado a ensayar la improvisación. ¡Si se improvisa no se ensaya pero mi familia es así! Baby Morrison es nervioso y Bianca Morrison es hielo y esfinge y Carlota Morrison es una mujer enfermiza. Mandrake el Mago es distinto, todo lo soluciona. De Papá Morrison no hablo.

Dafne Morrison se coloca tras el facistol.

El Gran Divo Papá Morrison es una celebridad, que vive para caer bien, para simpatizar. Habla, monologa, chacharea, frivoli-za; heredó mi mundanidad y mi liviandad. Están en el bar. Yo estoy sola ante ustedes. Me les quiero confiar. *(Tremebunda.)* ¡Esta es mi última función junto a los Quíntuples Morrison!

Dafne Morrison abandona el facistol y se dirige, malcriada, a uno, otro, un tercer espectador.

No quiero que ningún presente opine que es un disparate formidable. Que estropee mi carrera de aspirante a mito. Que la prensa del corazón se ensañará y que en los cafetines donde hormigüea la farándula seré la comidilla. Menos quiero que se me especifique que me falta un tornillo. ¡Porque me faltan dos! Y porque me faltan dos me estoy volviendo cuerda. Mi marido Tony Pizza repetía —Si yo estuviera tan loco como tú, qué gran pareja haríamos. Loca de atarme estuve hasta el domingo penúltimo. El domingo penúltimo sentí los primeros síntomas de la cordura.

Dafne Morrison mira al público con la promesa y el suspenso garabateados por la cara. En lo adelante oscila entre el susurro y el trueno.

Encontré un nuevo amor. Nue-ve-ci-to. En mi caso particularísimo tras siete maridos más o menos, un amor nuevo parece un amor viejo. Pero, es un amor nuevo. Lo siento hasta en las uñas, me recorre desde los sesos hasta el peroné, me lo asegura el constante no estar en mí: me siento a comer porque quiero comer y me levanto porque no quiero comer y vuelvo a sentarme porque lo único que quiero es comer y me vuelvo a levantar porque lo único que no quiero es comer.

Dafne Morrison mira hacia atrás con cautela, también hacia las puertas del salón de actos por donde entraron los asistentes al Congreso de Asuntos de la Familia.

El domingo penúltimo yo andaba fugada por la playa de Isla Verde, huyéndole a mi público, engafada, enturbantada, bikinísima no lo niego, cuando lo vi. Tendido, solitario entre los arrullos de las olas, como un Hércules averiado. Me detuve sin más, prisionera del ritmo del mar, de un deseo infinito de amar. Lo miré. Lo caté. Lo tasé. Dejé que aquel fauno me invadiera la pupila.

Las preguntas y respuestas que siguen se formulan como si atendieran el interés de diversos espectadores.

¿El cuerpo? Duro, un hombre bien construido, bien empañetado. ¿La boca? La guarida del deseo. ¿Las tetillas? Ascendentes desde las selvas de los sobacos hasta reventar en un pezón oscuro como una ciruela. ¿Las ingles? Lagos reposados y uno que otro pelo como un pez aventurándose. ¿Entre los muslos? (*Repite ahogada.*) ¿Entre los muslos?.... La paz en la tierra a las mujeres de buena voluntad.

Dafne Morrison cierra los ojos como

Janairi

Janairi



mareada, borracha, condenada al desmayo.

No me desmayo porque nunca aprendí a desmayarme. Le hablé, soy compulsiva, mi marido Marcos Paquito Anibal me advertía que la compulsión es la prima hermana del error. A mí siempre me dominó mi prima hermana. Le hablé, le pregunté dónde en la playa podría comprar un diccionario. El muy fauno, el muy Hércules, abrió un ojo y dejó el otro cerrado —el sol de Isla Verde es implacable— y me contestó sin inmutarse: Yo tengo todos los verbos. Y si hacen falta adjetivos usted los contendrá. Porque nadie sale a la calle sin adjetivos estos días.

Dafne Morrison remeda la conversación repartiéndose el diálogo con gracia y efectividad. Naturalmente, la palabra adjetivos se acompaña con el gesto significativo de dinero contante y sonante. Dafne Morrison mira, insegura, hacia afuera.

Económicamente sonreída... que una víspera de mito no prodiga su sonrisa si no está ante el clic de la cámara yo le manifesté, entre el pánico y la compulsión, que tenía unos pocos adjetivos, ciertamente. Entonces el muy fauno, el muy Hércules pontificó: Aprecio su búsqueda del diccionario; la gramática

es muy importante estos días. Pedazo de Mujer Bellísima, me le alquilo para conjugar. Me llamo aunque se me descrea Besos De Fuego. (*Transición estupenda.*) Ni una coma he omitido, lo juro por la memoria de mi madre que murió dándonos la vida. Salimos en carrera, tropezamos el uno con el otro y con los demás bañistas de la playa de Isla Verde, nos caímos, nos levantamos hasta que, faltos de oxígeno, traicionados por el sudor, arribamos a la caseta que Besos De Fuego comparte con un león.

El cambio brusco en el tiempo verbal es, también, un cambio en el tono relator.

¿He dicho algo malo? Un león. ¿Contraría la moral vivir con un león? ¿Es pecaminoso vivir con un león? ¿Viola algún código... el código napoleónico, el Roberts de parlamentarismo, el de Ann Landers o su hermana la Querida Abby sobre los usos sociales? No es desde luego el león de la Metro. No es un león glamoroso. Pero, es un león de carne y hueso, un león convenientemente enjaulado, un león formal, un león discretísimo que no se inmutó cuando Besos De Fuego me quitó el bikini de una dentellada. Ni tampoco se mostró ansioso cuando Besos De Fuego y yo nos amamos entre gritos: Pedazo De Mujer Bellísima, Usted es lo que la vida me debía y: Oiga Besos De Fuego no me desafíe a

Concentración

te Amo

hablar bonito.

Dafne Morrison distancia el diálogo furioso anterior mediante un tono en que la medida prevalece.

A los gritos anteriores siguieron los juramentos susurrados de que nada nos separaría, ni la distancia, ni el tiempo, ni los cuatro elementos... ni siquiera la próxima partida del Gran Circo Antillano en el que Besos De Fuego es el enano principal.

Dafne Morrison se recupera de la evocación y transiciona con prontitud y amenaza.

No hay que asombrarse. El asombro, también, pasó de moda. (*Honestísima y payasa.*) El amor desordenado me vulnera, el enano Besos De Fuego me vulnera, la promesa de su nombre me vulnera, su tamaño me vulnera. ¡No es locura! Es... desorden tal vez, a lo mejor, quizás, quizás, quizás como repite la canción que canta Toña La Negra. Por el desorden me acerco a la cordura, los síntomas no cesan.

Dafne Morrison abre los ojos, espantada y confiesa con las manos al frente para contener una figurada rabia ajena.

Mañana por la mañana me fugo con el Gran Circo Antillano. (*A un espectador cercano.*) Estrécheme la mano y felicítame. Voy (*Apo-teósica, la sonrisa caballuna.*) ...de rumbera cubana. Voy de rumbera cubana con el nombre artístico de Melao, Sensual y Bandolera.

Cuando la sonrisa caballuna se le cansa, Dafne Morrison se desinfla y la sonrisa caballuna se le esfuma, lamentablemente. Dafne Morrison vuelve a asegurarse de que su familia no está cerca.

No me da la gana estomacal de mentirles. Si uno le miente a los demás miente una vez, si uno se miente a sí mismo miente dos veces, decía mi marido Pancho Quién Lo Diría. No me place ir de rumbera cubana. (*Las líneas siguientes contienen una frustración que raya en el dolor.*) Aspiro a más, soy actriz diplomada por el Conservatorio de la Madre Experiencia, soy la voz en español de la Novia del Super Ratón.

Dafne Morrison sale de la frustración y entra en el reino del sueño doméstico, de la ambición que parece chatura.

Yo me moría por ir de Princesa China. Pálida, la pollina chorreada sobre las cejas oblicuas, misteriosa, atollada en el enigma como un sapo en el fango. ¡El Gran Circo Anti-

llano presenta a La Princesa Come Fuego de Catay! (*Trastornada, desinflada*) Contrataron a otra princesa china. Besos De Fuego alega que las princesas chinas están a dos por chavo. Besos De Fuego alega que la gran atracción de un gran circo antillano es la rumbera cubana, Besos De Fuego alega que como Melao, Sensual y Bandolera obtendré un éxito sensacional en Tortola, San Bartolomé, Santa Cruz, San Tomás. Por más que una se rompe la cabeza y se pregunta pero quién, pero quién, pero quién? ¡Nadie es lo que quiere ser! Ni siquiera la gran Elizabeth Taylor que no quiere ser gorda. (*A la total defensiva.*) No quiero que ningún presente opine que es un disparate formidable. Que arriesgo la sobrevivencia de los Quíntuples Morrison. Que estropeo mi carrera de aspirante a mito.

Baby Morrison asoma por el fondo del escenario. Dafne Morrison repara en su presencia y cambia el tono filosofal y amargado por uno espectacular y fingidísimo.

Me fragancié las manos, me esmalté los diez dedos, me ensortijé. ¡Aplausos, aplausos, aplausos, que sale una mujer con causa!

Como una divinidad que zarpara hacia los cielos de su absoluta propiedad, así

y de ninguna otra manera que se empeñe el director, sale de escena Dafne Morrison.

Escena Segunda

Viaje
hacia un gato
llamado Gallo Pelón

La salida teatralísima de Dafne Morrison aumenta el patetismo, la desolación que propone la figura de Baby Morrison abrazada a una jaula grande de alambre. Altísimo, huesudo, la piel facial azulenca de tanto afeitarla, los ojos enterrados debajo de unos espejuelos de grosor descomunal y triple aumento que, como una mascarilla extraterrestre, le descenden hasta la nariz. Baby Morrison viste traje gris de corte desastroso, encogido por las veces que ha sido mal lavado. La camisa amarilla y la corbata azul marino desentonan la una con la otra y ambas con el traje gris, los zapatos marrones y los calcetines blancos. Costumbre de Baby Morrison es hablar consigo mismo, hablar en que el espectador repara por el intermitente movimiento labial que coloca

entre sus propios silencios. Como si nunca —ni dormido— pudiera dejar de articular. La expresión asustada y tímida del comienzo —y que comunica el patetismo y la desolación— se modifica según avanza la representación hasta escalar el grotesco final.

¿Se oye?

La pregunta anterior emerge con voz económica desde el fondo del escenario donde Baby Morrison está plantado.

(En voz baja.) ¿Se oye claramente? ¿Se oye con potencia? ¿Se distinguen las vocales de las consonantes? ¿Se diferencian las vocales fuertes de las vocales débiles? Papá Morrison repite que si se habla se oye. El ruido siempre se oye dice Papá Morrison. Propio del ruido es serlo dice Papá Morrison. Lo que debe preocupar no es si se oye dice Papá Morrison. Lo que debe preocupar es si se entiende dice Papá Morrison. (Deletreando la pregunta) ¿Se entiende?

Baby Morrison camina y se detiene junto al facistol pero no suelta la jaula.

Cuando se asiste a un acto de esta... envergadura se quiere oír, precisamente, el mensaje... el mensaje no, el tema... las anécdotas, sin tener que esforzar el tímpano, sin tener que

adivinar el final de una oración... sin permitir que casi lo humille la sordera o su apariencia. A propósito de la sordera.... Comentarios perniciosos a propósito de la sordera de la Prima Ballerina Assoluta Natasha Fedorovna Kondratieva circulaban por los samovares de San Petersburgo. La Prima Ballerina Assoluta Natasha Fedorovna Kondratieva negaba tenazmente su sordera, como negaba sus cincuenta años más los diez que pasó como partiquina en Moscovia, como decían sus rivales enemigas que se preguntaban cuando la Prima Ballerina Assoluta Natasha Fedorovna Kondratieva se irá a retirar. Una noche de invierno glacial en San Petersburgo la sordera de la Prima Ballerina Assoluta Natasha Fedorovna Kondratieva quedó expuesta cuando la Prima Ballerina Assoluta Natasha Fedorovna Kondratieva terminó el Cuarto Acto del *Lago de los cisnes* antes de que sonaran los acordes de la Obertura. La sordera no es buena pero tampoco es mala, mala es la comida recalentada.

Baby Morrison — será por su timidez— se ríe hacia dentro —como si la risa lo entretuviera a la par que lo avergonzara. Baby Morrison se guarda la boca con la mano y por entre los dedos la risa se le escapa.

El chiste no es de mi invención, no soy chis-

toso ni gracioso lo reconozco, y como si no lo reconociera ésa es otra de las quejas de mis hermanas. (*Fascinado por el dato.*) El chiste es invención de mi gato Gallo Pelón. Tienen que pasar por casa a conocer a mi gato Gallo Pelón, una dama, un cráneo privilegiado. Hasta mañana por la mañana tienen para conocerlo. Si es que yo logro encontrarlo y si es que logro hacerlo recapacitar.

Baby Morrison se amueca histérico, como si le hicieran cosquillas con una pluma de ganso por la planta de los pies.

Porque Gallo Pelón es, además, el gato más perro que existe. Porque Gallo Pelón es el gato más hijo de puta que ha parido gata alguna.

A las risas y a las muecas en catarata le sucede una careta de horror por el mal gusto que implica acudir a la palabrota. La culpa lleva a Baby Morrison a colocar la jaula en el suelo y apoyarse en ella. Cuando se recupera se empeña en ser gentil, ilustrado, amable, correctísimo.

A las señoras y a las señoritas les pido mis disculpas por la obscenidad del gato más hijo de puta que ha parido gata alguna. A los caballeros les envío mis respetos. No sé improvisar (*Pataleando.*)...no sé improvisar.

Uno sabe lo que sabe y sabe lo que no sabe y cuando hace lo que no sabe la sintaxis estomacal se le desorganiza. (*Al público en general.*) Tóquenme el corazón, tóquenmelo. (*Acusador.*) Papá Morrison fue el embelequero. No, Dafne Morrison fue la embelequera. (*Acusador.*) Papá Morrison acogió con beneplácito la recomendación de Dafne Morrison de que esta noche improvisáramos. Yo me opuse, tembluzco. Bianca Morrison se opuso furibunda. Bianca Morrison siempre se opone, furibunda. Carlota Morrison lloró. Carlota Morrison siempre llora. Carlota Morrison es lágrima fácil. (*Razonador.*) Yo insistí en que prefería repetir el libreto que escribió Papá Morrison sobre las grandes ilusiones de la vida en familia, sobre la urgente necesidad de amar... (*Tierno y cursi.*) sobre los recuerdos de haber crecido juntos como una familia de pollitos...los respetos al hermano mayor, Mandrake el Mago, porque nació diez minutos antes...los mimos y los tongoneos al hermano menor, Baby Morrison porque nació diez minutos después. (*Evocador.*) Mi hermanito y yo vestiditos igualitos de marineritos...tan vestiditos igualitos de marineritos que yo no sabía si yo era yo o si yo era mi hermanito. La bendición al acostarse: bendición Papá Morrison, bendición Mandrake el Mago, bendición Dafne Morrison, bendición Bianca Morrison, bendición Carlota Morrison...Mamá no existió...

quiero decir...Mamá murió dándonos la vida ...Yo nunca he improvisado...yo nunca he improvisado...argüí, protesté, grité. Mi hermano me agarró por la corbata y me contestó: A la única persona a quien yo le tolero la inconveniencia de un tantrum es al muy estimado Pato Donald.

Tras una pausa abarrotada de tensión y rebuscando las miradas comprensivas del público.

¡Lo escupí! Era mi deber moral escupirlo. Mi hermana Bianca Morrison bramó y pateó un cigarrillo que se iba a llevar a la boca. Mi hermana Carlota Morrison exigió una valium como es su costumbre.... La costumbre es una segunda naturaleza dice mi hermana Dafne Morrison que decía su marido Tony Pizza. Mi hermano Mandrake el Mago se salió de las casillas. ¡Todos nos salimos de las casillas! ¡Todos nos descompusimos! ¡No sé improvisar! Chillé con toda la voluntad y seguro de que me impondría. (*Pícaro y maligno*) Cuando chillo me impongo. Entonces mi hermano Mandrake el Mago echó mano de un argumento que a todos nos dejó sin argumentos y sin alientos: Tampoco sabías inmacularte el culo y un día aprendiste.

Baby Morrison se queda apopléjico, la mirada se le extravía, se saca un pañue-

lito de la manga con la misma parsimonia que lo haría una matrona respetuosa. Después se saca un segundo pañuelo del bolsillo trasero del pantalón. Con los dos pañuelos juntos se seca el sudor copioso de las manos y la cara.

¿Se me oye? ¿Se me entiende? En las filas más distantes, ¿se me entiende? (*Afianzándose.*) ¿Por qué no se me va a oír? Siempre que hablo en público se me entiende y se me oye, los Quíntuples Morrison hemos participado en más de cincuenta actividades parecidas y en todas se me ha oído y en todas se me ha entendido. (*Inseguro y tímido.*) En ninguna se ha notado mi inseguridad y mi timidez. Pero, Papá Morrison y mis tres hermanas y mi hermano Mandrake el Mago me acosan, me victimizan con la jeringa de que los tímidos tienden a hablar en voz baja y con la jeringa de que los tímidos se tragan las palabras y con la jeringa de que los tímidos no tienen ningún futuro y con la jeringa de que ningún tímido participó en el descubrimiento de América y con la jeringa de que los tímidos no vamos al cielo. Yo sabía que los zurdos no van al cielo. Y está bien que no vayan. ¿Por qué van a ser zurdos si pueden ser derechos?

Baby Morrison da unos pasos hacia el público tras volver a tomar la jaula

de alambre.

Baby Morrison es tímido especulan. Baby Morrison es tímido reiteran. Baby Morrison es tímido establecen. ¡Y Baby Morrison termina por ser tímido aunque Baby Morrison no lo sea! ¡Uno es, también, carajo carajete, lo que los demás quieren!

Baby Morrison traga en seco pero se repone y continúa.

A las señoras y a las señoritas les pido mis disculpas por el exabrupto del carajo carajete. A los señores les envío mis respetos. Así es. Uno es, también, lo que los demás quieren. Es una persona encantadora, se comenta, y el encanto le fluye a la tal persona. Es una persona difícilísima, se comenta, y las dificultades le florecen a la tal persona. Es una persona razonable, se comenta, y hasta la sin razón de esa persona parece razonable. Es una persona que tiene un gran talento para la desgracia, se comenta. Y la desgracia adopta de por vida a esa persona.

Baby Morrison deposita la jaula en el suelo, nuevamente. Después, coloca junto a la jaula los vasos de cartón y la jarra de agua que ha quitado de la mesita baja. Entonces, acerca la mesita baja al público y sonríe con su poquillo de

malicia y luminosidad.

Pero, Dios no hace animales indefensos como me enseñó mi gato Gallo Pelón; un cráneo privilegiado Gallo Pelón, un concienzudo escritor de cuentos Gallo Pelón. Cuentos comiquísimos para gatos. No, no me mal interpreten. Gallo Pelón no escribe cuentos sobre gatos para niños. El gato Gallo Pelón escribe cuentos sobre niños para gatos. (*Con toda naturalidad.*) El gato es un gran mercado. Una bella persona el gato Gallo Pelón. Un desprendido cuando me asesora. Un insoportable. Tú no eres un animal indefenso me repite Gallo Pelón cuando me nota acongojado. Desaparécete uno de estos días y coge el monte me exhorta Gallo Pelón cuando me ve merendarme las cutículas y acariciarme la timidez. Esfúmate uno de estos días me conmina Gallo Pelón, esfúmate bien esfumado como un personaje que se esfuma en una novela de la Agatha Christie, me propone Gallo Pelón. Escarmíentalos, me instiga Gallo Pelón. Lárgate a ver cómo prosperan y funcionan los Quintuples Morrison con la ausencia de un quintuple, remata Gallo Pelón.

Baby Morrison prepara con la mirada sorprendente la expectación del público.

Mañana ya llegó el día. Mañana por la ma-

ñana me desaparezco, me esfumo, me largo. Se lo dije a Papá Morrison, se lo dije a Dafne Morrison, se lo dije a Bianca Morrison, se lo dije a Carlota Morrison, se lo dije a Mandrake el Mago: voy a ir a ver cómo es el mundo, me contrataron como domador de leones del Gran Circo Antillano. (*Humillado.*) No me creyeron. Les dije, lo confieso, una mentira, una hermosa mentira. Si es que hay mentiras hermosas. Dije leones porque si digo león suena desmerecido.

Baby Morrison carraspea antes de desmentirse, nuevamente. Después sonríe a manera de disculpa.

Dije una segunda mentira. Dije domador. No voy de domador. Voy de enfermero del único león que tiene el circo. (*Justificadorio.*) Es un león de carne y hueso. Es un león con el rabo acortado por causa de una enfermedad que desafía a la veterinaria. Es un león con una pata entablillada. Es un león canoso que hay que teñir una vez por semana con Miss Clairol 0-29 para rubias. Pero, es un león de carne y hueso. A desaparecerme me marchó, a esfumarme. Como se esfuma un personaje que se esfuma de la Agatha Christie, a procurar las soledades de la gloria en la compañía de mi gato Gallo Pelón. Si es que logro convencerlo de que el bamboleo de la goleta no lo va a marear como él alega. Si es que

logro enjaularlo. Porque si Gallo Pelón no va yo no me arriesgo a ir.

Baby Morrison se encamina hasta donde está la jaula y la abraza.

Por la atención prestada a su debut como improvisador Baby Morrison les da las gracias. En las patualesas islas del volcán estaré a sus órdenes. Si es que mañana llega.

Baby Morrison se dispone a salir. Antes, más muerto que vivo, se coloca en la mano un beso y lo sopla hacia el público. Tras lanzar el beso, Baby Morrison saca fuerzas para preguntar lo que sigue:

¿Se me oyó? ¿Se me oyó claramente?

Sin dar la espalda al público Baby Morrison sale.

Escena Tercera

Tema y variaciones
de un amor que no se atreve
a decir su nombre

Quisquillosamente femenina a través de su vestimenta masculina, Bianca Morrison irrumpe en escena, dueña aparente de todas las situaciones. Redundancia del nombre, ¿alegoría?, es el color blanco del pantalón, de la chaquetilla, de la camisa de cuello cerrado, del lazo que engalana la camisa, de los zapatos, de la redecilla salpicada de perlas bebés que le esconde la cabellera. Entre las manos Bianca Morrison trae unos papeles en los que ha esquematizado su disertación y una cigarrillera de plata. Bianca Morrison se dirige, exactamente, al facistol. Desde allí, con la mirada que no vacila en acertar su objetivo, ve que la jarra de agua y los vasos de cartón están en el suelo y que la mesita baja tampoco está donde debe. Pero, no se decide a devolverlos a su sitio.

Bianca Morrison coloca la cigarrillera de plata muy cerca y repasa, breve y circunstancialmente, los papeles que ha traído. La seguridad de Bianca Morrison, una seguridad que se quiebra, esporádicamente, como un relámpago de furibundez, se expresa en su hablar de oración corta, algo tajante.

Buenas noches. Bianca Morrison. Bianca sí. Como Bianca Jagger. Papá Morrison dice no. Como las dos Blancas de Shakespeare. Bianca es Blanca en italiano. Cuando uno lo oye la primera vez parece excéntrico. La segunda vez no queda la menor duda. Pero, menos excéntrico que Dafne Morrison. Aunque más excéntrico que Carlota Morrison. Y desde luego, muchísimo menos excéntrico que Mandrake Morrison, Baby Morrison y el Gran Divo Papá Morrison. Tres distintas personas y un solo nombre verdadero: Ifigenio. No es cómico. Es trágico. Papá todavía cuenta cómo lo enfermaba su nombre. Cuando tuvo dos hijos varones decidió compartir la enfermedad. Mandrake Morrison se llama, realmente, Ifigenio Dos. Baby Morrison se llama, realmente, Ifigenio Tres.

Bianca Morrison va a tomar un cigarrillo pero se golpea la mano delincuente con fuerza.

¡No fumes Bianca Morrison! Perdón. Yo misma me asusté. Nunca grito. Mi propio grito me asustó. Es un ejercicio mental. Corrientazo sicológico lo llama el hipnotizador. Cuando me tienta el cigarrillo debo frenarme: No fumes Bianca Morrison. Y castigarme la mano delincuente. El castigo transporta el mensaje. El mensaje va hasta la conciencia dice el hipnotizador. El primer mes es infernal. Los labios se resecan. Se despierta con dolor de cabeza. El recuerdo del cigarrillo se pega de la nariz como una mosca. ¡La nostalgia del vicio! No exagero. No finjo. No hablo rebuscado. No me llamo Dafne Morrison. (*Asombradísima de ella misma.*) Perdón. Es una broma. (*Culpable.*) Ustedes saben que es una broma. Yo aprecio a mi hermana, la quiero quiero decir. Una broma de mal gusto, sí, sí, sí.

Bianca Morrison va a echar mano de la cigarrillera. Nuevamente se castiga la mano que iba a delinquir.

¡No fumes Bianca Morrison! Perdón. Hoy todo se me va en grito y freno. Perdón. Otra vez tengo que pedir perdón. ¿Qué me pasa? No quiero volver a pedir perdón. Tanto descontrol. Yo no soy descontrolada. Al revés. Ya van tres o cuatro veces que pido perdón. (*Tomándose un poco de pena.*) No sé si en este estado pueda continuar. (*Asumiénd-*

dose valiente.) Pero, cómo no voy a poder continuar. Este es mi trabajo. Tengo que sobreponerme. Déjenme reponerme. Respiro hondo. No tardo. Cuestión de medio segundo. Gracias.

Bianca Morrison respira hondo. Mientras lo hace se mira las manos apoyadas en el facistol. Sus manos tiemblan pero el público no lo sabe.

Uno respira hondo, inhala, exhala poquito a poquito. La tranquilidad se acomoda. Como cuando un perro da cuatro o cinco vueltas para echarse. El instinto atávico. Uno respira profundo y oxigena todo el sistema... la fábrica que es el cuerpo. Una fábrica que se desintoxica si se le da mantenimiento con regularidad. La mente sobre todo. La mente necesita limpieza como mínimo una vez por semana. La fábrica se deteriora. No es culpa de uno siempre. El hipnotizador que me cura el hábito de fumar aconseja que se eviten las culpas. Uno las evita hasta donde puede evitarlas. La acumulación de los malos ratos influye. El ajoro. El ajoro para todo. Los empujones. Las rabias que todos acumulamos. La irritación por estar vivos. Ya nadie se detiene en la luz roja. El estrés de la dichosa vida moderna. Uno se enferma. No son los virus. No son las bacterias. Uno. Uno se maltrata. ¿Ven? Ya es-

toy bien. Ya completo los ciclos respiratorios.

Bianca Morrison se tranquiliza con una leve teatralidad.

Voy a empezar de nuevo. No voy a repetir que me llamo Bianca Morrison. Tampoco repito la referencia a Shakespeare. Bianca por *La fierecilla domada*. Bianca por *El mercader de Venecia*. Digo voy a empezar de nuevo. Pero, todavía no había empezado.

Bianca Morrison sonríe con una falsa confianza, como si el gesto de confianza fuera capaz de dársela. A la vez que asciende a la óptima calma repasa los papeles de la disertación.

Bien. (*En broma.*) No es Bianca for Bianca Jagger. Bianca es Blanca en italiano.

Bianca Morrison pronuncia las líneas que siguen con un impulso artificial y hasta peligroso.

Quíntuples Morrison es una agrupación integrada por los quíntuples Morrison. Con el relato de sus vidas llenas de sorpresas entretienen a quienes contratan sus servicios. Ocurrencias, situaciones inverosímiles que surgen entre las personas que crecen juntas, la declamación de poemas finos de Rubén

Darío, Alfonsina Storni y Luis Lloréns Torres —y poetas más recientes— integran el repertorio artístico y humano de la agrupación. Nada grosero encuentra entre ellos lugar.

Bianca Morrison mira con poco disimulo los papeles de la disertación. La mirada, sin embargo, pesca la oración próxima.

La grosería florece entre los espíritus ruines. El nacimiento de los quintuples Morrison fue un acontecimiento. Traspasó las barreras de la isla del encanto. Sólo el tiroteo al congreso norteamericano llevado a cabo por los nacionalistas puertorriqueños el mismo año desplazó el interés de los Quintuples Morrison en la prensa mundial. ¡Perdón!

Cierta debilidad refleja Bianca Morrison cuando vuelve el rostro hacia fuera del escenario.

¡Papá Morrison insiste que jamás se toca la política!

Bianca Morrison va a buscar un cigarrillo. Antes de tomarlo se castiga la mano con fuerza.

¡No fumes Bianca Morrison! Los quintuples

Dionne también asombraron al mundo. Pero, los quintuples Dionne provenían de un país rico. El bellissimo país canadiense. Los quintuples Morrison somos naturales de Puerto Rico. Una antilla menor famosa por su hospitalidad y por su pobreza que los nativos han superado con gran dignidad. Famosa también es esta antilla porque está en la ruta de los ciclones. Los quintuples Morrison somos más raros. Más exóticos.

La palabra exótico descuadra mínimamente a Bianca Morrison. La descuadra porque no pertenece a su vocabulario habitual.

La leche Pet compró la felicidad de los quintuples Morrison. Para ilustrar su campaña publicitaria de que los bebés más felices del universo toman leche Pet. También los alimentos Clapp's compraron nuestra felicidad. Los alimentos Clapp's nos retrataban mientras comíamos compota de melocotón de la marca Clapp's y puré de espinacas de la marca Clapp's. Los contratos con las dos grandes compañías norteamericanas fueron interrumpidos bruscamente. Mi hermano Baby Morrison fue el culpable. Lloró tanto, chilló tanto en las sesiones fotográficas que los fotógrafos de la leche Pet y los alimentos Clapp's para bebés protestaron. Los contratos fueron cancelados. Papá Morrison dijo el

que no trabaja no come. Y nos puso a los quintuples Morrison a sudar la gota gorda.

Alterada por el esfuerzo notable de la improvisación, crispada cada vena, crispado cada vaso capilar de su sistema sanguíneo, Bianca Morrison va a tomar un cigarrillo. Esta vez se pega en la cara a la vez que grita el corrientazo sicológico.

¡No fumes Bianca Morrison! Perdón. Me he pegado en la cara. Me ha dolido. Se supone que me duela. Para eso es el castigo. Pero la mano. La cara no. La cara no tengo que castigarla. No tengo que ofenderla. Perdón. Prometí no pedir más perdón. Perdónenme. Me siento mal. Las fuerzas no me alcanzan.

Bianca Morrison niega con la cabeza y adelanta lo que las líneas próximas nos informan.

No debí participar. No debí participar. No debí participar. ¡Dafne Morrison pudo reaparecer! Sustituirme no. Ella no sustituye nunca. A nadie. Reaparecer. Se dice reaparece a petición popular. Y todos quedamos bien. Dafne Morrison pudo seguir entreteniéndolos. Le sobran recursos. Siempre le han sobrado recursos. Mucha palabrería. Palabrería bonita. Para quien le gusta la

palabrería bonita. Tiene gracia antillana dice Papá Morrison. Tiene el carisma de Diana Ross dice Mandrake el Mago. Tiene un no sabe uno qué que gusta dice Carlota Morrison. ¡Es tan femenina, dice Bianca Morrison! Dafne Morrison hace los cuentos tan vivos. Porque a ella se le sobra la vida. Improvisa, improvisa, improvisa, disparata, disparata, disparata, ¿qué digo, qué digo, qué digo?

Bianca Morrison busca entre los papeles como si creyera que en ellos puede encontrar la luz donde finalizan los túneles. La palabra es su defensa, su muleta, su calmante. Va, nuevamente, a procurar un cigarrillo.

¡No fumes Bianca Morrison!

A partir de este momento la histeria que se entreveía en la conducta de Bianca Morrison la avasalla como los ríos que se desbordan. Una histeria que se configura en espirales de emoción que alcanzan su cielo en la confesión última.

Se me han juntado los nervios, se me han juntado los malos ratos: la violencia de improvisar, el cigarrillo que quiero dejar y no puedo... (*Amarga y frustrada*) la rabia de no estar con ella.

La revelación se le ha escapado, literalmente. Bianca Morrison sonambuliza su mirada por entre los espectadores. Bianca Morrison se compone físicamente e intenta recomponer el desliz del pronombre después de mirar hacia tras bastidores, asustada, desconfiada.

Ella...quiero decir...ella...una persona con quien hice de pronto amistad. Ella...es decir...la persona...se embarcaba mañana por la mañana y nos prometimos despedirnos esta noche...Ella...es decir...la persona...es artista de un circo...un circo con gente de...(Despectiva.) circo...con nombres de circo: Melao, Sensual y Bandolera...un tal Enano Besos De Fuego...(Sonreída, profunda la ternura, inevitándola.) La Princesa Come Fuego de Catay. Ella...quiero decir...la persona llamó antes de que yo saliera a improvisar. Me dijo que adelantaron el maldito viaje. El mar es más sereno por la noche balbució ella...la persona. Para los que se van le grité... el mar nunca es sereno para los que aguardan en la orilla le grité. Me ahogo, por favor, un ujier, un espectador amable que abra de par en par las puertas de salida. (En medio de un rugido.) Por favor, un espectador amable que me encienda este cigarrillo.

Insistente, aturdida por el abandono y la confesión hecha a retazos dolorosos,

Bianca Morrison avanza hacia los espectadores, el cigarrillo en la mano, la exigencia del vicio atravesándola. Cuando, finalmente, un espectador la socorre y le da la lumbre, Bianca Morrison fuma con histérica pasión. Entre los sorbos de humo se cuelan las palabras siguientes como una porfiada liberación.

¡Fuma Bianca Morrison, fuma!

Bianca Morrison enciende otro cigarrillo. Lo inhala, lo chupa, lo devora. El bolero enérgico y convidador aumenta. Las luces de la sala se encienden. Bianca Morrison sigue fumando, fumando, fumando, mientras el público abandona la sala.

Escena Cuarta

Tango
para un hombre
irremediablemente bello

Cuando las luces de la sala están encendidas, la gran mayoría del público no ha regresado a sus asientos y el bolero enérgico y convidador sigue plantado en su apoteosis infinita, entra a escena Mandrake el Mago. Denunciado por la virilidad que le inunda el rostro, el bigotón tan negro que haría avergonzar la noche, el porte de un gladiador romano que sueña con parecerse a Steve Reeves y un caminar sinuoso de férido carnicero selvático —puma, leopardo, jaguar— Mandrake el Mago es un hombre irremediablemente bello. Para perfilar nítidamente su belleza irremediable, para felizmente enmarcarla, Mandrake el Mago se desenvuelve con unas formas que son, unísonamente, cortesanas y napolitanas. El napolitanismo referido es apócrifo pero válido y recorre el plane-

ta encargado a los grandes gesticuladores del cine italiano, Vittorio Gassman, Marcelo Mastroianni, Nino Manfredi, Alberto Sordi, Giancarlo Gianinni. La elegancia con la que viste *Mandrake el Mago* es apabullante: el traje cruzado de un suavísimo color amarillo yema de huevo, zapatos blancos, corbata azul eléctrico, el más elegante sombrero de Panamá que se tejió en Ecuador. *Mandrake el Mago* luce en el dedo anular derecho una sortija con piedra de ojo de tigre y en el dedo anular izquierdo una sortija con piedra de lapislázuli. Cuando *Mandrake el Mago* entra en escena el bolero enérgico se interrumpe, bruscamente. Con teatralidad y efectismo *Mandrake el Mago* da tres palmadas netas para llamar la atención del público retrasado o todavía por acomodarse en sus butacas.

¿Qué pasa? La diversión va a continuar. El fin de fiesta del Congreso de Asuntos de la Familia va a continuar. Vuelvan a sus butacas. Siéntense tranquilos. Que aquí de todo lo que hay nada falta. Adelante.

Las líneas anteriores se expresan con un reproche amable y espectacular, napolitana la vitalidad.

Tres escenas más aún nos quedan, tres escenas contando con ésta, tres escenas simétricas, urgentes. Que en arte todo es premeditación y alevosía. (*Chulísimo, con un*

golpe corporal de tanguista.) Hasta la espontaneidad. Hasta la improvisación.

Mandrake el Mago se acerca al público con una notable, sincera cordialidad que se repite cuantas veces se dirige al público.

¡Que les aproveche hasta sus más hermosas consecuencias el trago que apuraron durante el intermedio! Ron antillano desde luego, para que la tentación de vivir los encandile. ¿O se fumaron un cigarrillo? *Mandrake el Mago* les dice bravo, bravísimo aunque la ciencia les ataje que Dios libre. ¡Hay que tener paciencia con la ciencia! Total, nadie se muere la víspera. El turno de morir de cada quien está asignado en los pergaminos de Melquíades el Gitano.

Mandrake el Mago carcajea, levanta las manos como los caudillos, después las extiende mesiánicamente. Nunca, desde luego, abandona el manejo y el dominio de la palabra.

¡Ya empecé a improvisar! Así es cómo se improvisa, inventando las peripecias sobre la marcha, dejando que el cuento se construya a sí mismo, ajustando un nudo que amarro regularmente, reservando el buen golpe que deja aturdido a quien escucha, observa y se

interesa. ¡El cuento no es el cuento! El cuento es quien lo cuenta. Mandrake Morrison. Mandrake el Mago, como quieran sustantivarme. Ifigenio Dos está prohibido sustantivarme. Un desliz de Papá Morrison que hace rato perdoné. Si no es para perdonar y para que perdonen a uno, ¿para qué mmmmmiércoles se vive? Primero vamos a los titulares. Dafne Morrison chacharea en el bar de al lado. Baby Morrison prosigue su viaje hacia un gato llamado Gallo Pelón. Bianca Morrison fuma, fuma, fuma, mientras Papá Morrison intenta convencerla de que no fume, de que no fume, de que no fume. Carlotta Morrison no aparece ni en los centros espiritistas. Lo que implica que Dafne Morrison no se ha quitado su exagerado traje que se avecina a la indecencia aunque no la roza por si acaso, a lo mejor, quién sabe, quizás, quizás, quizás como dice la canción que canta Toña La Negra, tiene que seguir, exageradamente, entreteniéndolos. Y ahora a las noticias en detalle. Le di un beso en la mejilla a Dafne Morrison cuando salía hacia el bar de al lado y la piropé: Ya quisiera la Diana Ross para sus días festivos ser tan linda como tú. (*Carcajea.*) Hay que mostrarle ternura a las hermanas. A Baby Morrison lo agarré por las solapas y le dije: Baby Morrison, ¿por qué eres un monstruo tan mierdísimo?, ¿por qué no eres un monstruo honorable como el Conde Drácula que desapa-

rece en la maleza vuelto lobo?, ¿por qué no eres tan sutil como Frankenstein? Hay que mostrarle rigor a los hermanos. A Bianca Morrison le informé: Bianca Morrison, a ti no sé decirte nada. Hay que mostrarle compasión a las hermanas.

Para narrar la anécdota que continúa Mandrake el Mago apoya los codos en el facistol. La anécdota contiene una larga secuencia que los asistentes al Congreso de Asuntos de la Familia deben cinematizar. Mandrake el Mago permite que la fuerza expresiva de la palabra abarrote la representación. El movimiento de las manos se maximiza. El movimiento del cuerpo se minimiza.

Mujer más complicada que Bianca Morrison nunca la hubo. Descontada la mujer de Noé que preguntaba, presa de admiración, mientras el arca combatía el diluvio: Dónde está Federico Fellini, dónde está Federico Fellini, sólo el Maestro Fellini puede filmar esta epopeya de las aguas. Mujer de Noé abofeteada una, dos, tres, cuatro veces por Noé. Y por efecto de las cuatro bofetadas el pandemium de los mugidos, las discrepancias de los pajarracos alrededor de los cuellos de las dos jirafas, los llamados vociferados a la serenidad de la pareja orangutana: Hermanos animales, no se apendejen, el reino de

Macondo se descarajó en agua y se salvaron los macondenses. Hermanos animales, vámonos a los fornicios por los camarotes. Hermanos animales, que se jodan Noé y su mujer con sus problemas matrimoniales.

Mandrake el Mago retoma la voz relatora original después de una transición magnífica hacia un mayor suspenso.

Mujer de Noé a la que Noé apostrofó tras abofetear una, dos, tres, cuatro veces más: Los derechos de filmación del final del mundo fueron vendidos a la televisión norteamericana. Mujer más complicada que la mujer de Noé nunca la hubo. Descontada mi hermana Bianca Morrison.

Mandrake el Mago abandona el facistol y se dirige hacia el espectador más distante. El cruce se realiza sin dudar.

Las noticias del Gran Divo Papá Morrison, no las detallo porque el Gran Divo Papá Morrison se dará el gusto de detallarlas. Carlota Morrison les noticio que no ha llegado aún, que estará en su visita diaria al médico generalista o al médico especialista o al laboratorio o a la farmacia.

Mandrake el Mago se vuelve con el golpe corporal chulísimo del tango.

La pregunta huelga. ¿Cómo que por qué? No hay dolor, espasmo, mareo, náusea, fiebre, inflamación, flojera, cefalea que no sobresalte a Carlota Morrison. No hay virus, bacteria, piojillo que no la incursione y amenace con veranear o invernar en ella. Carlota Morrison ingiere tantas pastillas diferentes que siente el imperativo legal de recitarles el reglamento de tránsito: para llegar al corazón avance un tramo corto y doble con precaución hacia la izquierda, para llegar al hígado manténgase a la derecha excepto para pasarle a otra pastilla, para llegar a la espalda la pastilla está autorizada a doblar en U.

La coyuntura de las úes vecinas autoriza a Mandrake el Mago a chulear con otro golpe de tango arrabalero. No es remotamente bailar el tango. Es insinuar que el tango arranca.

Y hablando de la U uno la humilla y la ofende si le dice: Qué bien estás Carlota Morrison, qué elegante. Malhumorada, herida en su amor propio, Carlota Morrison responde: Cómo puede estar elegante quien es un proyecto de cadáver. Todos somos proyectos de cadáveres, uno animándola interviene.

Mandrake el Mago comunica las líneas próximas divertido y feliz. Como si

*fuera el más divertido y feliz mortal
quien las dice.*

Dentro de cien años todos seremos calvos. Dentro de cien años todos seremos cadáveres indiferenciados. Entonces, Carlota Morrison avasalla: Dentro de cien años yo seré más cadáver que nadie.

Mandrake el Mago recorre con la vista el público asistente al Congreso de Asuntos de la Familia. La conciencia de su irremediable belleza la delata la coquetería —viril desde luego— con la que intenta asesinar a hombres y a mujeres por igual.

Así es como se improvisa, inventando las peripecias, dejando que el cuento se construya sobre la marcha, ajustando un nudo, reservando el buen golpe que aturde a quien escucha, observa y se interesa. ¡El cuento no es el cuento! El cuento es quien lo cuenta.

Mandrake el Mago se ladea el sombrero en el mejor estilo charro del cine mejicano. Después, carcajea.

¿Y yo? ¿Qué digo yo de mí? ¿Qué titulares míos adelanto? En la ciudad de Río de Janeiro un periódico publica una noticia alucinante: Porque la insultaba su infidelidad con

varias vecinas de la favela una mujer castró ayer a su marido. ¿Titular del periódico?: Cortó la raíz del mal. (*Mandrake el Mago carcajea.*) Los titulares son muy importantes estos días. Pero, no tanto como la gramática. La gramática es muy importante estos días concede un enano habilidoso llamado Besos De Fuego a quien le acabo de apostar y ganar. ¿Qué? Un gato desvalido que el enano ascendió a león inyectándole hormonas. Unas casetas deshilachadas y mugrosas a las que el muy enano bautizó con el nombre de Gran Circo Antillano.

Mandrake el Mago interrumpe la palabra y calcula el efecto de lo dicho. Entonces, saca del bolsillo dos topos rojos con destellos enceguecientes, luciferinos. Con maña graciosa de mago coloca el uno frente al otro en el centro indudable del escenario.

¿Qué digo yo de mí? ¿Cuál vida me improviso para ustedes? ¿La del quíntuple que recita *El duelo de la cañada* o *El brindis del bohemio*?, ¿la del amante empedernido?, ¿la del jugador empedernido?

Con donosura de bailarín, — los brazos arqueados de quien se arranca por tango— Mandrake el Mago voltea, lenta y ritualmente alrededor de los topos.

Son prestados los topos. Es prestada mi belleza irremediable. No sé si préstamo es la palabra que me vale. Me los prestó un fulano que quería comer del pan que yo comía.

Mandrake el Mago detiene su interpretación del tango lento y ritual.

Mira Joe, dame pan. Mira Joe, no comas solo. Mira Joe, no te hagas el desconectado. Mira Joe, te juro por Dios que yo soy el Diablo, respétame. Mira Joe, hazme caso, yo soy el Diablo. Mira Joe, está bien, me va mal, me salió el tiro por la culata, me busqué un problema. El resto de los ángeles se fue con el otro. Mucho gritar Luzbel, ése es, ése es y a la hora de los mameyes me dejaron solo. Mira Joe, me quedé solo. Mira Joe, soy un desgraciado pero te juro por la preciosa salud del Papa Polaco que yo soy el Diablo. Mira Joe, contéstame si ése es pan francés o pan de agua.

El Diablo ha sido remedado por Mandrake el Mago como un diablo endrogado, como un impertinente sin redención.

Te doy pan pero desaparecete, coge el monte, esfúmate bien esfumado como un personaje que se esfuma en una novela de Agatha Christie, le dije. —Mira Joe, pónme el pan en la boca—. ¡Tipo, qué pasa! —le dije —Mira

Joe, el Diablo tiene siempre las manos sucias. Se las lava con jabón, con detergentes, con lejías, con gasolina. Nada Joe. Y hoy quiero comerme el pan limpio.

Mandrake el Mago recorre con la vista al público. Sonríe malignamente, luciferinamente.

Lo alimenté como a un perro. Tres libras de pan francés. Tres libras de pan de agua.

Mandrake el Mago toma los topos del suelo.

Me prestó estos topos que sólo saben ganar. Me prestó esta belleza irremediable. ¿Quién superará esta noticia en detalles? ¿El titular? Me preocupa desconocer cuándo demonios volverá el Diablo.

Tres toques formidables se escuchan en la puerta. Mandrake el Mago palidece, falsamente asustado huye, se persigna. Después, sonríe, carcajea.

¡El cuento no es el cuento! ¡El cuento es quien lo cuenta!

Con los andares sinuosos de férido carnicero selvático, Mandrake el Mago se desaparece.

Escena Quinta

Instrucciones generales al público y unos versos

Con la fatiga de una preñez de ocho meses ya metidísimos en el noveno llega a escena Carlota Morrison. Corriente, corrientísima en su esencia y apariencia de esposa amantísima, Carlota Morrison viste una bata de maternidad color de rosa. Un collarito de perlas de una vuelta, zapatos grises, cartera gris, medias de nailon circa 1950 completan su ajuar, que contrasta, inevitablemente, con la espectacularidad y composición de los ajuares de sus hermanas. Carlota Morrison peina trenzas que se recogen hacia arriba. Para resaltar, para confirmar su estampa de ordinariéz decente, Carlota Morrison trae pillado con las axilas derechas un sobre amarillo grande de radiografías, pillada con las axilas izquierdas una sombrilla color gris también y en la mano que le

desocupa la cartera gris trae un termo amplísimo lleno de té de naranjo y una caja llena de moñas. Hundida en ella misma, desaparecida en sus enfermedades —inventadas según Mandrake el Mago pero verdaderamente suyas porque las padece— Carlota Morrison no tiene tiempo para expansionarse con los demás miembros del clan Morrison. Pero, de manera distinta, menos teatralizada, más apegada a esa otra forma de la representación que es la realidad, Carlota Morrison cumple con sus compromisos profesionales. Carlota Morrison coloca en la mesita baja junto al facistol la cartera, el termo, la sombrilla, el sobre con las radiografías, la caja llena de moñas. Después se coloca tras el facistol y con la simpleza amable de una maestra que va a dictar cátedra comienza a hablar.

Buenas noches. Soy Carlota Morrison. ¿Habrá agua en esta jarra? (*Coteja.*) Hay agua en esta jarra. A estos vasos de cartón no me arriesgo. Los microbios nos asedian. A ver quién ríe último, los microbios o nosotros. Total, dentro de cien años todos seremos calvos, todos seremos cadáveres indiferenciados. Mientras, ¡la batalla contra los microbios!

Carlota Morrison saca un porta vasos transparente y lo coloca a su lado. Se arrepiente, lo abre, se sirve agua, toma agua.

De los provechos del agua mineral no se ha escrito suficiente. Hago una advertencia porque mi salud es lo primero. (*Transición violenta.*) ¡Qué perfume más polémico tiene puesto un asistente al Congreso de Asuntos de la Familia! Pronto empiezo a estornudar. Ojalá pronto no empiece a estornudar. Estornudo media hora.

Carlota Morrison busca un pañuelito en la cartera gris. De paso, extrae de la cartera un frasquito con la etiqueta de aspirinas, una cajita de metal con pastillas Vick's y varias cajitas esmaltadas de guardar pastillas.

¡No traje las pastillas para la alergia! Pero, ¿cómo pude olvidar las pastillas para la alergia?

Carlota se seca la incomodidad nasal con el pañuelito. Se trata de una opresión delicada en las fosas nasales.

Repito, una advertencia. Puedo parir ahora mismo. ¡Aquí! Estoy en el mes. Anoche me desveló el sudor copioso. No era el sudor del calor. Era otro. ¿Cuál? Yo no soy médico. Soy maestra de español aunque no ejerzo. La tiza me agrava. Me cambié la camisa de dormir. Le dije a mi esposo, este sudor no es normal. Mi esposo se impresionó. Le receté

una Ativán porque lo vi impresionado. Y me receté media Ativán porque mi esposo me contagió su impresión. Mi esposo me suplicó que no participara en esta función. Pasas un susto y se lo haces pasar al público asistente al Congreso de Asuntos de la Familia. Por eso les advierto. Si por casualidad expreso síntomas del parto como quejidos intermitentes, sudor copioso o contracciones deben observarse las instrucciones que enumero.

Carlota Morrison señala hacia los lados izquierdo y derecho del público con la autoridad y la firmeza de una autoritaria y firme maestra de español.

Alguien proveniente de este lado, usted, alguien proveniente de este otro lado, usted, avanzan hacia mí y evitan la inminencia de mi caída. Para que la confusión no se suscite identifico las personas que evitarán mi caída inminente con estas dos moñas que les voy a colocar en sus respectivas solapas en este momento.

Carlota Morrison se desplaza hacia los lados izquierdo y derecho, asigna las únicas moñas rojas a dos señores del público y continúa dando instrucciones sin pausar.

Con las consideraciones que merece una

señora que procesa el dulce misterio de la maternidad desde que el espermatozoide fecundó el óvulo fértil me acomodan en esa silla y aguardan por mis próximas instrucciones.

Carlota Morrison echa la cabeza hacia atrás para evitar un vaporizo insoponible.

¡El perfume persiste! Es un perfume con sedimento de café de la India o de canela. La canela me agrava. No puedo comer tembleque, arroz con dulce, majarete, ninguna golosina polvoreada con canela. Pronto empiezo a estornudar. Y después el llantén. (*Transición violenta.*) Si los mensajes de mi organismo y mi intuición femenina me alertan de que puedo sobrellevar el traslado al camerino así lo haré. Los señores identificados con las moñas rojas deben asistirme. Si, por el contrario, no puedo levantarme de la silla ofrezco la alternativa de un segundo grupo de instrucciones que son las siguientes. Inmediatamente, una señora, usted, se levanta y procura en mi cartera este imperdible. Con la mano desocupada busca y encuentra en la cartera esta tarjetita que informa que mi tipo de sangre es AB, el tipo de sangre más raro.

Carlota Morrison muestra una tarjetita

colocada en una lámina de mica.

Ya en sus manos el imperdible y la tarjetita que informa que mi tipo de sangre es el AB procede a prenderla de la parte superior de mi bata de maternidad.

Carlota Morrison extrae una tercera y una cuarta moña de la caja. Con ellas en la mano se acerca a la señora escogida.

Identifico a la señora que procurará en mi cartera el imperdible y la tarjetita que informa que mi tipo de sangre es AB.

Carlota Morrison retiene la cuarta moña en sus manos mientras escruta a quién debe entregarla. La acción no se puede interrumpir ni despaciarse nunca pese a los silencios y el movimiento agotador de Carlota Morrison.

Una segunda señora, usted, cruza, inmediatamente, hasta la mesita, toma el termo, lo destapa y me sirve dos sorbos de té de hoja de naranjo. No hay riesgo con el agua que utilicé para preparar el té de hoja de naranjo. El agua alcanzó el punto de ebullición. Identifico a la señora que me servirá el té de hoja de naranjo.

Carlota Morrison vuelve al facistol y, desde luego, a su trajín en la caja de las moñas. Con la mirada se dirige a otro señor del público.

Usted va tras bastidores y busca a Papá Morrison. Identifico con una moña al señor que buscará a Papá Morrison tras bastidores.

Carlota Morrison instruye al señor seleccionado.

Usted llama a Papá Morrison aparte, con tono mesurado y le susurra: Carlota Morrison marcha al hospital más cercano a parir. Sólo a Papá Morrison repito. Ningún otro de los restantes quintuples debe enterarse. Son susceptibles a conatos de histeria y pesadumbre.

Carlota Morrison dice las líneas referentes a sus hermanos mientras vuelve al facistol.

Bianca Morrison sucumbió a la nostalgia del vicio otra vez. A Dafne Morrison siempre le faltó un tornillo. Baby Morrison es un extraterrestre. Mandrake Morrison vive del cuento de que el Diablo le prestó su belleza irremediable y sus topes. Yo soy la única quintuple Morrison que está en sus cabales. Última instrucción. En esta tarjeta tamaño

cinco por siete están apuntados los teléfonos donde se consigue a mi esposo. Teléfono del trabajo, teléfono de nuestro hogar, teléfono de mi suegra, teléfono del billar donde mi esposo juega una mesa de billar, teléfono del médico de cabecera de mi esposo por si la noticia lo afecta y lo descompone.

Carlota Morrison entrega una sexta moña a la persona seleccionada y la instruye directamente.

Identifico a la persona que llamará por teléfono a mi esposo y le comunicará: Su esposa acata los designios divinos y se multiplica. Si mi esposo no entiende con rapidez le sugiero que abrevie: Su esposa va a parir. Recomendación de ella es que se tome la Valium que está en la tablilla superior del botiquín. Su esposa recomienda también que, pese a su historial de estreñimiento, se tome una Lomotil. La Lomotil está en la mesita de noche en un frasquito ámbar.

Carlota Morrison vuelve al facistol. Mira a todo el público con ánimo de crear expectación.

El perfume no ceja. Pronto estornudo. Ojalá pronto no estornude. (*Transición violenta como todas las suyas.*) Presten mayor atención a este segundo grupo de instrucciones.

Si los mensajes de mi organismo y mi intuición femenina me indican que no puedo sobrellevar el traslado a un hospital porque el parto no espera, gritaré, con todo el aire que puedan prestarme los pulmones, SE ME SALE. Entonces, cuatro personas del lado izquierdo, usted, usted, usted y usted y cuatro personas del lado derecho, usted, usted, usted y usted, sin encomendarse a nadie, arrancan todas las cortinas de este teatro y me improvisan un lecho ahí enfrente.

Carlota Morrison señala hacia el centro mismo del escenario a la vez que reparte las ocho moñas.

Dos señores de camisa blanca, usted y usted, se quitan las camisas blancas y hacen tiras con ellas y se las entregan a las dos señoras que me asistirán, usted y usted.

Carlota Morrison reparte cuatro moñas más, siempre diligente.

Con las cortinas que todavía queden en su sitio un grupo de señoras construye un círculo de tela a mi alrededor. Las criaturas están colocadas en posición de salir, con la cabeza encajada hacia abajo. El parto se prevé sin mayores dificultades. Será un parto largo, eso sí. El médico nos informó que son ¡quintuples! Hechas las instrucciones generales

comienzo mi participación en este gran fin de fiesta de los Quintuples Morrison. Con gusto recito un poema de Angela María Dávila, gran poeta puertorriqueña de nuestros días. Dice así:

Carlota Morrison recita el poema con una gran belleza y una gran verdad.

¿Será la rosa? ¿Será el trámite de la sombra debajo de los pétalos?

Carlota Morrison se interrumpe de súbito. Se mira el vientre. Se lo palpa. Va a gritar pero se silencia a sí misma.

Oigo, sensatamente, los mensajes de mi organismo y de mi intuición femenina. Nadie se asuste. Tengo tiempo suficiente para llegar al camerino. Nadie se asuste. No hay que evitar caída inminente alguna. Y el perfume polémico persiste. Café De La India. Canela. Pero, no estornudo. No me fastidia. Los señores identificados con las dos moñas rojas favor de acompañarme. *(Los dos espectadores identificados con las moñas rojas se acercan a Carlota Morrison y la sostienen por los brazos.)* No se preocupen. De veras. Gracias. Estoy serena. Será la poesía. Será la rosa.

Carlota Morrison comienza a recoger sus pertenencias. Mientras lo hace, como

si la maternidad que se le avecina la transportara a una suma plenitud, recita los versos majestuosos de Angela María Dávila.

¿Será la rosa o será la espinísima ferocidad de a diario? ¿Será la rosa, será tal vez el pétalo desnudo y transitorio? ¿Será la rosa con su gota de siempre en la mañana o será que una lágrima se encarga de refrescar las flores ilusorias?

Carlota Morrison acusa los dolores con valentía y dulzura. Carlota Morrison empieza a salir cuando termina el verso que habla de la ferocidad de a diario. Un solo verso no se pierde. Lenta, y bellamente, pariéndose, Carlota Morrison sale.

Escena Sexta

El Gran Divo Papá Morrison
habla de la imaginación
y sus efectos

La silla de ruedas que transporta a Papá Morrison no le resta ni un ápice de esplendor a su figura, esplendor que se inicia en los otoños sensuales de su persona y culmina en el frac impecable, la fresca camelia que lleva en la solapa, los guantes alblísimos y la manta que lo cubre desde las rodillas. La silla de ruedas es tan original como quien la conduce y la vale. Aditamentos de una deportividad guasona —luces intermitentes, bocina, una tablilla que lee JAGUAR, un barcito con dos copas— le borran a la silla de ruedas la menor idea o reminiscencia de desamparo. Aunque un tanquecito de oxígeno no se oculta bajo uno de los brazos. Que, desde luego, no llama la atención. Como si nada tuviera que ver con Papá Morrison, el Gran Divo Papá Morrison. Divo, divino, es

Papá Morrison, como una estrella cinematográfica que desconoce el ocaso. Y la práctica de su divinidad lo dota de su afable seguridad, su decir que es bombástico pero sincero, como si actuara en un espacio al aire libre y sin micrófonos. Papá Morrison se acerca al público en su silla de ruedas, silla que conduce con una destreza espectacular. Su entrada, de por sí, es espectacular, de espaldas al público.

Aplausos, aplausos, que entra un hombre con causa. Gracias, muchas gracias por tan cálida ovación que, no sé, francamente, si me toma por sorpresa o la esperaba. Redundante es presentarme pero quiero redundar. El Gran Sócrates decía si uno quiere redundar uno redundante. Papá Morrison, el Gran Divo Papá Morrison, Padre de los Quintuples Morrison, Escritor de los Libretos que Interpretan los Quintuples Morrison, Director Escénico de las Veladas Donde Triunfa el Buen Arte de los Quintuples Morrison. Fantaseador.

Un ataque de tos interrumpe la enumeración que realiza Papá Morrison. El ataque es un tanto desproporcionado en su escándalo. Papá Morrison procede a disculparse.

Un aire malo. Un cambio direccional de los Vientos Alisios. Hay quien me llama, también, El Gran Semental Papá Morrison.

Con una provocación machista Papá Morrison recorre, precipitadamente, algunos rostros de mujer que selecciona tras obviar, ostentosamente, los rostros de los hombres.

Semental no es un apelativo elegante. Semental no es vocablo propio de los salones distinguidos como éste. Pero, hay que tener paciencia con la ciencia. Semental, divo, celebridad, feliz en las buenas y en las malas. Que criar cinco muchachos no es un guame.

Papá Morrison empieza a repartir las tarjetitas de presentación que trae en una finísima porta-tarjetas.

Las pataletas de Baby Morrison. Los ataques de llanto de Bianca Morrison. Las enfermedades que los médicos no descubrían de Carlota Morrison. Las fantasías galopantes de Mandrake Morrison. Sólo Dafne Morrison no me dio ni gota de candela. No le daba miedo el cuarto oscuro por la noche. Preguntaba por qué el Cuco no venía a desayunar. Jamás pero que jamás envidió el pipí de sus hermanos. Ellos felices con su pipí. Ella felicísima con su pupú.

Papá Morrison se muerde la lengua con calculado efectismo. Después, mira a todos sitios con embarazo.

Si el vocablo pupú parece un poco burdo, si no parece fino, si no parece lírico lo retiro del número. Pero, insisto, *(A una señora.)* perdóneme que insista, criar cinco muchachos no es un guame. Menos cuando el padre es el padre y el padre es la madre. Soledad Niebla murió cuando nacieron los cachorros. *(A una señora cercana.)* El nombre de mi mujer sí que asombra. Así mismito. Soledad Niebla. No practico el culto de las lágrimas. Aunque de Gustavo Adolfo Bécquer me cuido.

Papá Morrison se compunge con una manifiesta afectación de divo operístico. De debajo la manta saca un pañuelo y se recompone.

Pero, las lágrimas acuden. Perdón pido en nombre de mis lágrimas.

Papá Morrison saca del bolsillo interior de la chaqueta de su frac un atadito de cartas viejas.

De Soledad Niebla me laceran los reproches. Una mujer que se sabe querida y deseada no debe enviar cartas amargas de reproche. Los hombres estamos hechos de carne débil. Carne débil, sí señora que me mira con su tonito de burla. Frívolos pero inocentes picaflores, víctimas de la cultura. La cultura fortalece nuestra ya carne débil. Pasa una mujer bo-

nita o fea y es obligación masculina bendecirle los jugos, convidarla a la playa en plenilunio, encargarle una docena de gladiolas por cada letra de su nombre, enviarle con mensajero uniformado un estuche de chocolates rellenos de sambuca romana, regalarle dos o tres cajitas de música, los Valses de Strauss, los *Valses Nobles y Sentimentales de Ravel*, los valeses del Divino Flaco Agustín Lara, las danzas ponceñas de Don Juan Morell Campos, la *Boquita Azucará* de Rafael Hernández.

Las líneas anteriores han llevado a Papá Morrison a un crescendo formidable, tan histérico como la música de Wagner.

¡Oxígeno! El corazón me galopa como un potro. ¡La locura de Dafne Morrison de improvisar! Y yo más loco que ella le dije improvisemos. Yo salí a Dafne Morrison. Oxígeno, Confesión, Los Santos Oleos. Tengo la sistólica por las nubes. El corazón me quiere hacer una putada. Confesión no. Los Santos Oleos no. Oxígeno sí.

Papá Morrison trata de soltar el tanquecito de oxígeno durante las líneas anteriores.

Nadie se muere la víspera. Y yo pienso estar-me en la víspera muchos años.

Papá Morrison se coloca la careta de oxígeno. Inhala poderosamente una, dos, tres veces. Poco a poco vuelve en sí y a sí, al divo, al actor. Después, coloca el tanquecito y la careta en su sitio. Entonces, mira el atadito de cartas.

¡El matrimonio es una institución penitenciaria! Espero que el estallido intempestivo no ofenda. Ni que distraiga a los que acarian la idea de matrimoniarse. Estoy, lo sé, hablando ante un Congreso de Asuntos de la Familia. Veo parejas jóvenes por dondequiera. Cómo están. Mucho gusto. Que el matrimonio les regale el provecho merecido es mi súplica al Padre Nuestro que Está en los Cielos. Claro, el matrimonio es una institución penitenciaria. Yo lo descubrí pronto. Pero enviudé pronto gracias a Dios.

Papá Morrison repara en su error garrafal e intenta corregirlo apresuradamente con otro ataque de tos.

Voy a morir en el escenario como mueren los actores ingleses. ¡Y no saberme el Hamlet de cabo a rabo! El esfuerzo de la improvisación, la tensión de estar frente a ustedes sosteniendo el personaje, entreteniéndolos, amenizándolos. Otro mal aire quién lo duda, las corrientes desleales del Canal de la Mona, las turbulencias que nos envía Desecheo y

Caja de Muertos, la agitación del Caribe.

Papá Morrison se rebusca en los bolsillos mientras sigue tosiendo para desviar la atención del error. Las líneas próximas se atacuñan entre la tos que se apacigua, lentamente, a la vez que unas fotografías de Soledad Niebla se riegan por el piso. El incidente mínimo altera a Papá Morrison.

Uno o dos buenos samaritanos recójame del suelo las fotografías de Soledad Niebla. (Tapándose el rostro, volviéndolo hacia atrás.) No quiero volver a verlas de aquí a la eternidad si se han manchado, si una brizna de paja ha osado herirlas, si una indiscreta laminilla de polvo manchó el velo de novia urdido como una cola de pavo real.

Papá Morrison se arranca la camelia y se la entrega a uno de los buenos samaritanos. Bombástico, irreal, decimonónico, con los ojos cerrados dice la línea bombástica, irreal, decimonónica que sigue.

Sólo la suavidad de una gardenia podrá ufanarse de que limpió una fotografía de Soledad Niebla.

Papá Morrison examina las fotografías

que le devuelve uno de los dos buenos samaritanos.

Fotografías inolvidables de Soledad Niebla que autorizo a los asistentes al Congreso de Asuntos de la Familia a observar con el compromiso honorable de que las tratarán con cariño. Que son mi persona como dice el bolero que canta el Inquieto Anacobero Daniel Santos, testigo ocular de mi accidente, mi desgracia.

Papá Morrison hace circular las fotografías y sigue con la mirada interesada su circulación.

El traje de novia de Soledad Niebla lo cosió y lo bordó Rafaela Santos. Hay una fotografía, quién la tiene, en que Soledad Niebla aparece frente a *La Bombonera*. La sombra que se proyecta es la del tranvía. Esa tarde Soledad Niebla y yo celebramos una descomunal pelea. Nada importante. (*Dándole importancia.*) Celos. El único defecto que le conocí. Las mallorcas, los besitos de coco, los brazos gitanos, se elevaron por los aires de *La Bombonera*. La crema de los palitos de Jacob salpicó las señoras vestidas de teta y collar. Los señores aprovecharon sus bastones para capturar las roscas que salían disparadas hacia la calle San Francisco. Hay otra fotografía en Guajataca, ¿quién la tiene?,

mirándonos los dos en el Atlántico. Ese domingo Soledad Niebla y yo celebramos una descomunal pelea. Dicen los que lo vieron, yo no lo vi, yo estaba enfrascado en la descomunal pelea, que una escuadra de peces voladores y tres o cuatro tintorerías salieron del Atlántico a mirarnos. Pásenlas. Contémpenlas. Respétenlas. Y devuélvanmelas. Son las antorchas que iluminan mi antigua felicidad.

Papá Morrison se tranquiliza totalmente y sonríe para reconfirmar lo que sigue.

El matrimonio es una institución penitenciaria. Pero, hay que matrimoniarse aunque las doñas nos peleen. Como me repetía el Inquieto Anacobero Daniel Santos, testigo ocular de mi accidente, mi desgracia.

Papá Morrison dirige la silla de ruedas hacia el facistol después de recoger las fotografías.

Un lance amoroso sí, se lo confesé a Soledad Niebla, tuve que confesárselo, admitírselo entre súplicas de indulgencia. Un lance galante, atrevido, nocherniego; lance que la humanidad aplaude cuando lo oye en forma de bolero que compone el genio de Pedro Flores. Y que aborrece en cuanto le ocurre a cualquier hijo de vecino. (*Señalando al*

público.) A éste, a aquel que ladea la cabeza, al Gran Divo Papá Morrison que se estrelló como un huevo en la sartén mientras ascendía hacia la intimidad del tálamo de su amada prohibida por la escala de sus trenzas. Por las trenzas sí...las trenzas larguísimas de Argentina Watson...las trenzas larguísimas de Argentina Watson que descendieron hasta los adoquines de la calle del Cristo como dos larguísimas espigas de tentación. El marido de Argentina Watson vigilaba al final de la escalera con un arcabuz sostenido por sus manos artríticas. Pero, el deseo de manosearnos era superior a la estampa ridícula de un marido al final de la escalera. Argentina Watson era una mulata jamaicana de las de apaga y quédate. (*Espectacular.*) Y yo siempre fui fósforo vivo. Argentina Watson me susurraba a gritos: sube por mis trenzas, es el único acceso que mi marido no vigila. Y descolgó a lo largo de los cuatro pisos el lujo incomparable de sus dos hermosas trenzas. El Inquieto Anacobero Daniel Santos me exhortaba, cómplice y dichoso: Adelante, hombre enamorado...el mundo es de los que no tiemblan...comience la escalada...adelante hombre favorecido por la vida y por la aventura. Me sujeté a las dos trenzas larguísimas de Argentina Watson. Y empecé a ascender. Resbalaba y empezaba, resbalaba y proseguía.

El Gran Divo Morrison evoca la acción, la repite casi desde su silla de ruedas.

Ya iba por la mitad de las trenzas de Argentina Watson cuando las manos empezaron a fallarme. De repente...¡Virgen de Medianoche!...de una sola vez las trenzas de Argentina Watson se me escaparon como peces sorprendidos. No pude más, no pude más, no pude más.

El Gran Divo Papá Morrison o El Actor que interpreta a Papá Morrison efectúa la transición más extraordinaria que jamás se intentó. En la gloria suprema de su sonrisa —la sonrisa que le desborda la cara— como un corredor olímpico que alcanza la meta y triunfa, El Gran Divo Papá Morrison o El Actor que interpreta al Gran Divo Papá Morrison salta de la silla de ruedas mientras exclama más allá de la euforia lo que sigue.

El Actor

Yo tampoco puedo más. No puedo fabular más. No puedo armar más imaginaciones con palabras. No puedo construir más peripecias de unos quintuples inventados y del Padre también inventado que los acompaña.

Por el fondo aparece La Actriz que interpretó los personajes de Dafne Morrison, Bianca Morrison y Carlota Morrison. La Actriz viene vestida con una bata de camerino de un lila pastel que la convierte en una bellísima, fantasmagórica aparición. La Actriz trae entre las manos un pomo de cristal lila que contiene crema de desmaquillar.

El Actor

No queremos ahondar más en la magia porque le dañamos la magia. Porque se arriesga la hermosura de su mentira. Una mentira que es como una maroma entre ustedes, el público y nosotros, los actores.

La Actriz

Que en arte todo es premeditación y alevosía.

El Actor

Una maroma sin redes.

La Actriz

Una maroma con redes no es maroma, no es riesgo.

El Actor

Y el teatro es, por más que lo embelequen, una maroma audaz, un feroz riesgo.

La Actriz se acerca al Actor que interpretó a Baby Morrison, Mandrake Morrison y El Gran Divo Papá Morrison y le ofrece un poco de crema limpiadora. El Actor la acepta, con alegría y agradecimiento. La Actriz y el Actor comienzan a quitarse el maquillaje frente al público. El bolero enérgico y convidador sube, impera, arrasa.

Río Piedras, Puerto Rico
Septiembre del 1984.

SEMINARIO MULTIDISCIPLINARIO
JOSE EMILIO GONZALEZ
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RIO PIEDRAS